

Entre la tradición y la modernidad en el devenir económico de A Coruña

La oportunidad que se me brinda de contribuir al acercamiento del presente catálogo al ciudadano coruñés me sirve de excusa para reflexionar brevemente sobre el cometido de este tipo de iniciativas culturales. Toda ciudad constituye, entre otras muchas facetas, una comunidad de intereses, en base a la que cimentar un futuro en común, en progreso y armonía. La arquitectura sobre la que se edifica y amalgama ese porvenir se halla en gran medida en el pasado colectivo de los habitantes. Por este motivo, el inventario que cuidadosamente ha recopilado y organizado la Biblioteca de Estudios Locales nos permite a todos disponer de una fuente documental muy útil para conocer la vida socio-económica coruñesa en un pasado no demasiado lejano, el de aquella ciudad que se hallaba a medio camino entre la tradición y la modernidad. El siglo XXI que apenas acabamos de estrenar nos brinda una excelente oportunidad de progreso, al que A Coruña deberá engancharse con decisión, aunque sin olvidar lo que hemos sido y nuestra identidad. Mi humilde cometido se ciñe simplemente a tratar de proporcionar el contexto de esas imágenes. Así que, si se me permite, procederé a esbozar un somero perfil de la evolución económica herculina durante aproximadamente la primera mitad del siglo pasado.

Como punto de partida, conviene echar la mirada atrás, para comprender mejor las claves que fueron construyendo la economía de la ciudad. Si hubiésemos de identificar un momento de cambio, aunque todavía muy embrionario, ese sería probablemente a mediados del siglo XIX. Por entonces, A Coruña era una pequeña ciudad de provincias de apenas 30.000 habitantes, muy próxima todavía a los parámetros del Antiguo Régimen. Sin embargo, lentamente las cosas empezaban a mudar.

Durante la segunda mitad del siglo la economía de la ciudad experimentó un primer despegue. El Ochocientos sobresalió por el desarrollo de diversas funciones comerciales y de servicios, que adquirieron preeminencia sobre las manufactureras. Sin embargo, la urbe tuvo un

protagonismo industrial relevante en el conjunto de Galicia, hasta el punto de convertirse en el centro fabril más importante de la región¹. El último cuarto de siglo fue el período más dinámico, sobre todo desde la década de los noventa hasta los primeros años del siglo XX². El nuevo siglo habría de marcar una consolidación de aquel impulso primigenio, aunque la capital debió hacer frente a una sucesión de episodios históricos que, en ocasiones, levantaron obstáculos al desarrollo económico urbano, pero que, en otros casos, proporcionaron interesantes oportunidades para su modernización.

El siglo XX trajo nuevas esperanzas para el país, tras el duro impacto moral y social (también económico) que supuso la pérdida de los últimos vestigios del imperio colonial en el año 1898. Con todo, el primer tercio del siglo fue un período convulso en las esferas política y socioeconómica, pues presencié el advenimiento de diversas coyunturas de signo muy desigual: crisis de la sociedad de la Restauración, nacimiento y consolidación del movimiento obrero, repatriación de capitales posterior a la crisis colonial, Primera Guerra Mundial y crisis de adaptación posbélica, Dictadura de Primo de Rivera, depresión de los años treinta, Guerra Civil...

Desde el punto de vista demográfico, A Coruña se mostró muy activa durante este período, pasando de algo más de 40.000 habitantes en el año 1900 a superar los 100.000 en 1940, lo que consolidó su posición intermedia en la jerarquía urbana nacional. Aunque es cierto que la modernización demográfica no culminó hasta la posguerra civil, también lo es que los emigrantes procedentes del entorno rural acudían a la ciudad, atraídos por un mercado de trabajo en expansión. Los progresos más destacados se registraron entre 1910 y 1920 y, sobre todo, entre 1930 y 1940. Los principales factores que intervinieron en ese incremento fueron el crecimiento vegetativo, la anexión del municipio de Santa María de Oza (en 1912), y, sobre todo, la inmigración rural, especialmente dinámica en los períodos en los que la emigración exterior gallega se cerró (guerra europea, crisis de los años treinta y Guerra Civil).

El crecimiento demográfico arrastró una considerable expansión

física, que siguió las direcciones marcadas por el desarrollo de finales del siglo XIX. El mayor avance tuvo lugar en dirección sur y sudeste, hacia Riaza y siguiendo la línea del puerto y de la ría. Esta última zona constituyó un núcleo de gran densidad de edificación, junto con otras áreas, como la estación de ferrocarril, Cuatro Caminos, A Gaitera y su prolongación hacia Os Castros. A ello habría que añadir el relleno del Primer Ensanche y la ocupación de un gran número de manzanas del Segundo, en las faldas del Monte Santa Margarita. Otros hitos destacados fueron la inauguración de la Ciudad Jardín (1922), la densificación de la Pescadería, la expansión lineal en torno a las vías de acceso, particularmente hacia Monelos, etc.³

Los años que transcurren entre la guerra europea y la Guerra Civil constituyeron una época económicamente dinámica en A Coruña, aunque a corto plazo se aprecien coyunturas críticas. El sector dominante era el terciario, aunque éste se encontrase relativamente bipolarizado y dividido entre los servicios de baja cualificación y los servicios más avanzados.

A Coruña ha sido históricamente una ciudad comercial y de servicios, y las postales que se exponen en el catálogo así lo atestiguan. El comercio representaba la fracción cuantitativamente más importante, aunque estuviese lastrado por la permanencia de unas estructuras ineficientes. Existía un elevado número de pequeños comerciantes dispersos por toda la ciudad, destinados a atender las necesidades básicas de una población en aumento. Por otro lado, en A Coruña confluían otras funciones tradicionales: administrativa, militar, fuerza pública, transporte, enseñanza, servicios públicos, etc., lo que generaba importantes efectos sobre el empleo. La emigración jugó asimismo un papel primordial, al permitir el sostenimiento de numerosas actividades y generar un flujo de remesas que se hallan en la raíz de la creación de una notable banca local durante el primer tercio del siglo. Todo ello explica el abanico de postales y anuncios, que incluyen establecimientos de venta de numerosos productos alimenticios, almacenes de textiles y tejidos, confección, ferreterías, quincallerías, hostelería, etc.

Se aprecia asimismo el afianzamiento de un sector secundario nacido

en parte durante el último segmento del siglo XIX, favorecido por los efectos de la industrialización vinculada a los recursos del mar. En la industria pesquera descubrimos una poderosa fuente de generación de empleo, al difundir efectos de arrastre sobre diversas industrias subsidiarias: conserva, hielo, estampados, envases, fabricación de subproductos, talleres mecánicos y de reparación de motores y maquinaria, etc.

Sin embargo, pese al evidente progreso industrial de finales del siglo XIX, se extrae la impresión de una cierta incapacidad para dar un salto cualitativo. El tejido industrial no estaba suficientemente consolidado, dominado por industrias de bienes de consumo orientadas al mercado urbano. La mayoría se definía por sus reducidas dimensiones y su carácter artesanal y familiar. Las más destacadas eran las alimenticias (molturación, conservas, compuestos o destilados). También eran numerosas las industrias de primera transformación de la madera y algunas pequeñas industrias químicas (laboratorios, fábricas de jabón, lejía, etc.) y metalúrgicas. Finalmente, la construcción continuó siendo uno de los sectores más dinámicos, gracias al crecimiento urbano. No sorprende, por tanto, la carencia comparativa de material gráfico generado por grandes empresas, que, aunque existían en la ciudad y tenían gran trascendencia, su número era reducido.

A corto plazo, se observa que la economía urbana atravesó varias etapas de distinto signo. La Primera Guerra Mundial quebró la tendencia expansiva previa, a pesar de que la coyuntura bélica fuese en general positiva para la economía española. La guerra tuvo un impacto negativo sobre la economía local, al depender ésta en gran medida del puerto, principal elemento generador de riqueza.

Al finalizar la guerra, se observa una leve recuperación de la actividad económica. La inmediata posguerra se inscribe dentro de una etapa de auge de la economía mundial y española. De ahí el crecimiento de algunos sectores: fundiciones, construcción, muebles, litografía, industrias derivadas de la pesca, etc. El negocio de la emigración atravesó la mejor etapa del siglo, con su secuela en forma de remesas y de estímulo para el

sector terciario, una de cuyas expresiones es la publicidad proveniente de los diversos hoteles existentes en la ciudad. Además de ello, algunos empresarios, los consignatarios principalmente, se concentraron en la industria pesquera y su comercialización, convirtiéndose en armadores de buques, suministradores de efectos navales, etc. Por otro lado, este fue un período de notorias transformaciones del sector agropecuario gallego, destacando su carácter exportador, porque supuso la intervención de determinadas figuras que desempeñaron un rol destacado en la comercialización de los productos, lo que ayudó a sustentar muchos establecimientos coruñeses de este tipo de productos.

Sin embargo, durante los años treinta una sombra se ciñe sobre la ciudad. En principio, la Segunda República trajo renovadas esperanzas para un amplio espectro social, a pesar de que contó también con la frontal oposición de los grupos jerárquicos. En el plano económico, se había iniciado una profunda depresión económica a nivel internacional, que afectó directamente a numerosos sectores en A Coruña. No obstante, es probable que el aislamiento exterior español y las políticas redistributivas republicanas contribuyesen a reducir los efectos de la recesión. Por ello, las actividades comerciales experimentaron un espectacular crecimiento, gracias a que sirvieron de “refugio” frente a la crisis industrial. En cambio, el resto del sector servicios y la industria sufrieron una clara paralización. La recesión de los principales subsectores económicos gallegos (ganadería, conserva, pesca, madera, etc.) tuvo su reflejo en la estructura industrial coruñesa, debido a los siguientes factores: la drástica reducción de la emigración, el bloqueo a la entrada de divisas, el establecimiento de contingentes en numerosos países, la paralización del sector de la construcción, la contracción del mercado interior, etc.

La Guerra Civil rompió dramáticamente la tendencia ascendente que habían desplegado anteriormente las economías coruñesa y gallega. Nace una “nueva” España, no más rutilante, sino más gris. La modernización se interrumpe y se vuelve al tradicionalismo en el sentido más rancio del

término. Las postales testimonian esa transformación, dotadas en ocasiones de un cierto folclorismo y, en general, condicionadas por la escasez de materiales, lo que obligaba a un esfuerzo de simplificación en su diseño. Sin embargo, aparte de las calamitosas consecuencias políticas y sociales de la instauración del nuevo régimen, la evolución económica de A Coruña a lo largo del primer franquismo discurrió por una senda que fue más positiva de lo que cabría aguardar. A pesar de las dificultades del período, la actividad económica continuó desarrollándose, aunque los resultados empresariales fueron desiguales.

La explicación de este fenómeno radica en el acentuado carácter local y regional de las actividades económicas, a las que no afectaron sustancialmente los condicionantes externos ni las políticas económicas practicadas durante el período. El relativo nivel de diversificación de la economía coruñesa permitió una evolución más sólida que en otras ciudades españolas, limitadas por su excesiva dependencia de un número reducido de funciones. El tejido empresarial, con las deficiencias derivadas de sus restringidas dimensiones, fue así capaz de sobrevivir dentro de un entorno desfavorable. No obstante, los efectos sobre el empleo fueron escasos, y no consiguieron alterar sustancialmente la base económica, que continuó descansando sobre el terciario.

El período 1940-1951 se caracterizó por el estancamiento del producto interior bruto, que afectó más al sector industrial, debido al estrangulamiento energético y de materiales y, sobre todo, a la política económica franquista de aislamiento frente al exterior. Sin embargo, en A Coruña se aprecia todavía un crecimiento del número de empresas durante la primera mitad de los años cuarenta, que habría que ligar a la demanda exterior, aunque le siguiese un comportamiento más retraído en el segundo lustro. En este segundo período, la situación se volvió insostenible, debido a la escasez de todo tipo de bienes. A lo largo de esos años se produjo un bloqueo del comercio exterior español, que afectó a las mercancías, lo que significa que los sectores vinculados al exterior arrastraron un

comportamiento titubeante. Sin embargo, llama la atención el escaso grado de orientación hacia el exterior de la economía local, ya que no era frecuente encontrar empresas capaces de competir con eficacia en el extranjero.

Por otro lado, se produjo una caída de la actividad portuaria, en todos los frentes. A la protección exterior y la intervención de las importaciones se añadieron la escasez crónica de divisas, la revalorización de la moneda y las políticas de ajuste de precios. Sin embargo, aunque la economía dependía del puerto, no lo era tanto del sector exterior, sino del espacio económico español y, sobre todo, regional y local. El desarrollo, aunque irregular, del tráfico de cabotaje ayudó a sobrellevar las dificultades. Además, determinados servicios y el comercio dependían de una demanda local, no demasiado dinámica, pero más estable.

La principal contribución al sostenimiento de la economía urbana provino de las actividades comerciales y de servicios, junto con las actividades de carácter artesanal, integradas por pequeños talleres de fabricación y/o venta de diversos tipos de productos, así como el sector de la construcción. En cambio, la industria inicialmente exhibe mayores dificultades, debido a la severa crisis que atravesaron algunos sectores (conservas, madera, etc.).

Posteriormente, el período 1951-59, calificado en ocasiones como decenio “bisagra”, muestra mayores tasas de crecimiento, aunque con fluctuaciones, gracias a la gradual liberalización de la política económica. La mayor agilidad de los mecanismos económicos restableció los equilibrios macroeconómicos, principalmente el exceso de demanda, controlando así la inflación. Esta década acusa, aparentemente, un crecimiento más lento en A Coruña. Sin embargo, la realidad es que, si se prescinde de la inestabilidad de ciertos negocios de servicios, el resto de actividades económicas se distingue por una línea más dinámica que en el decenio precedente, con un cambio de dirección hacia 1950.

El movimiento portuario se aceleró mediada la década, gracias a factores exógenos: los efectos de las directrices de la política económica y la

incidencia de las primeras medidas liberalizadoras, la aceleración de las exportaciones minerales y el comienzo de la superación de la crisis que atravesó la navegación de cabotaje durante la primera parte de la década.

De nuevo se aprecia que el principal sector responsable del sostenimiento de la economía fue el comercial. Frente a las marcadas oscilaciones de los demás sectores, las actividades comerciales arrojan una línea de crecimiento continuo a lo largo de los años cincuenta. Los factores clave de esta evolución fueron muy similares al decenio precedente: crecimiento demográfico, expansión del mercado urbano, mejora del abastecimiento de bienes, supuestas mejoras del nivel de renta, etc.

Nuevamente, los sectores que abastecían las demandas básicas de la población conservaron una tendencia más próspera. En aquellos casos en los que la creación de nuevas empresas no fue demasiado destacada, sí se reconoce una línea más estable (alimentación, textiles, etc.). Pero un buen indicador de que los suministros mejoraron lo encontramos en el aumento del número de empresas de venta de vehículos y accesorios, aunque permaneciesen algunos estrangulamientos en el suministro de combustibles, productos químicos, etc., procedentes del exterior.

En cuanto a los servicios, su trayectoria fue muy irregular. El perfil terciario de la ciudad se consolidó, pero la terciarización partió del crecimiento de los servicios de transporte y de la estabilización de actividades como la restauración, hospedaje, gestión, etc. Por otra parte, la transformación espacial de la ciudad se aceleró en esos años, ya que el centro histórico (zona tradicionalmente residencial y comercial) sufrió en los cincuenta y sesenta una serie de renovaciones que lo transformaron en un centro burocrático, administrativo y financiero.

El principal responsable de la desaceleración global de la economía fue el estancamiento industrial, que arranca de finales del decenio anterior, y que obedece a varias razones. En primer lugar, la escasa eficacia de una política industrial orientada a sectores no clave en la economía coruñesa, y a espacios geográficos distintos del gallego. En segundo lugar, la persistente

crisis de sectores industriales concretos. Si en los años anteriores las industrias dirigidas al exterior habían sustituido sus mercados tradicionales por el mercado nacional y regional, en esos momentos se multiplicaron las dificultades para recuperar esos mercados. Además, el mercado nacional era muy estrecho, a causa de los estorbos del transporte y la disminución de las rentas, lo que se añadía a las trabas en el suministro exterior. Entre las más perjudicadas destacan industrias que vendían en el mercado nacional, como la conserva, la madera o la industria química. En cambio, la situación benefició a ciertas industrias de abastecimiento local: metalurgia, textil, cuero, cerámica, etc.

Sin embargo, seguimos en presencia de una España en blanco y negro, a la que sus dirigentes estaban a punto de dotarla de algo de color, intentando acercarla a las corrientes de modernización que bañaban los mares de Europa. Aunque apenas se trate de unas pinceladas, ya que el régimen franquista todavía se mantuvo fuerte durante una década y media, se aprecian algunos síntomas de cambio. A finales de los años cincuenta se produjo un impulso a la industrialización del país, a través de los Planes Provinciales. El más importante fue el de la zona industrial de A Grela, aun cuando la industria local no se vio demasiado beneficiada con estas políticas. Y, finalmente, la constitución del Polo de Desarrollo a principios de los años sesenta, principal determinante del desarrollo industrial de esa década, junto con la especialización del vecino municipio de Arteixo. A Coruña seguirá siendo una ciudad de marcado carácter terciario, pero encaminada decididamente hacia la modernidad.

NOTAS

¹ Lindoso, E. (1999), *Empresas y empresarios en La Coruña, 1830-1914*, Madrid, Fundación Empresa Pública, pp. 6, 48.

² Lindoso, E. y Mirás, J. (2001), “La trayectoria de una economía urbana, A Coruña (1868-1936)”, en Grandío, E., Romero, A.M. y Barreiro, X.R. (eds.), *El republicanismo coruñés en la historia*, A Coruña, Ayuntamiento, pp. 31-38.

³ Precedo, A. (1990), *La Coruña, metrópoli regional*, La Coruña, Caixa Galicia, pp. 274-276.